

CABALLERESCA.

I

Sultana blanca y hermosa
que por la márgen florida
de la vega hospitalaria,
cruzas pisando animosa
la escondida
amapola solitaria.

Sigue tu dulce camino
por entre espinas y flores,
hermosa y casta sultana,
que yo seguiré sin tino
mis amores
cantándote en la fontana.

Que me importan tus espías
 tus pajes y alabarderos
 ni que tus locos histriones,
 si con tiernas armonías
 los copleros
 conmueven los corazones.

Que tiene un cantar doliente,
 sultana casta y hermosa,
 mas poder y gallardía,
 que esa madeja esplendente
 y ostentosa
 del astro rubio del día.

II

Yo quisiera tus ojos inconstantes
 tener muy cerca de los ojos míos,
 y traducir en risas delirantes
 del humano vivir los extravíos;
 saber quisiera mi sultana hermosa,
 la inadvertida causa de tus quejas,
 y besar tu mejilla ruborosa
 entre los hierros de tus blancas rejas,
 como saben besar,
 los vientos á las frondas,
 las aves á las ondas
 y á las playas el mar.

Más por más que mañana tras mañana
 vengo á la fuente y mi cantar levanto,
 nunca sales loh pálida sultana!
 á escuchar las tristezas de mi canto.
 Ven de nuevo á la márgen florecida
 de la vega tranquila y solitaria,
 y escucharás la nunca bien oida
 de las aves dulcisima plegaria
 de encanto y de fervor,
 que en pos de sus anhelos
 escapa hasta los cielos
 en busca del Señor.

III

Ven sultana
 sin demora
 sin demora, á tu balcón,
 que te espera
 la sincera
 vibradora
 cantilena de pasión.

Ven sultana
 que suspira,
 que suspira tu galán,
 y parece
 que estremece
 de su lira
 con las notas al Sultán.

Ven sultana,
ven y escucha,
ven y escucha la canción,
del que llama
porque ama,
porque lucha
sin cesar con su pasión.

No te muestres
tan esquiva,
tan esquiva para mí,
que he de hablarte
y adorarte
mientras viva
como vivo junto a tí.

Mientras tenga
como tengo,
como tengo corazón,
mientras venga
con mi arenga
como vengo,
como vengo a tu balcón.

IV

Y habré de seguirte por montes y valles,
por selvas oscuras, ciudades y calles,
montañas que besen al cielo y al sol,
y habré de llevarte después a mi ermita
y en vez de sultana serás la bendita
matrona que pise mi suelo español.

Dejémos por siempre tus viejos vasallos,
montados en blancos y esbeltos caballos
cruzemos al trote tu regio pensil,
cruzemos las selvas besando sus frondas
y luego surquémos las pérfidas ondas,
las ondas azules del bravo Genil.

Más ¡ay! ¿qué deliro mi blanca sultana?
 No escuchas el canto que acá en la fontana
 preludia temblando mi loco laúd,
 me niegas tus tiernos y castos amores
 y tornas espinas las plácidas flores
 que fueron ornato de infiel juventud.

Tendré que morirme sultana del alma,
 me faltan tus besos, me falta la calma,
 me falta la vida, me falta hasta Dios,
 adiós para siempre fontana tranquila,
 adiós ¡oh sultana! tu amor me aniquila,
 adiós esperanzas recuerdos ¡adiós!

Monterrey, 1911.

HIDALGO.

Cuando de niño marché á la escuela,
 en busca siempre del que consuela
 pan provechoso de la verdad;
 todos me hablaban de tu existencia
 y desde entonces en mi conciencia
 tuve por culto tu heroicidad.

Todos me hablaban del gran ejemplo
 que diste un día, cuando en el templo
 mostraste al pueblo tu gran virtud,
 día que grande fue entre los grandes,
 pues que temblaron hasta los Andes
 al ver hundirse la esclavitud.

Todos me hablaban de tus afanes,
de tus congojas, de los desmanes
y la avaricia del opresor,
todos me hablaban de tus empeños
y hasta en la gasa de mis ensueños
me hablaba todo de tu esplendor.

Si al campo iba, entre el follaje,
cabe las peñas, ó del agujaje
sobre el movable terso cristal,
miraba una hoja que se mecía
y aquella hoja me parecía
de tus laureles. ¡Genio inmortal!

Si luego ansioso de hallar descanso
me recostaba cabe un remanso,
cabe un remanso murmurador,
me parecía que el agua en calma,
era tan quieta como tu alma
de visionario Libertador.

Más pasa todo; pasan los años,
los goces pasan, los desengaños,

los amoríos y la ilusión,
pasan los sueños, pasa la infancia,
mas guarda siempre de su fragancia
perfumes tiernos el corazón.

Porque de todo lo que se ha ido
no todo muere ni vá al olvido;
tu nos has dado la libertad,
y tú perduras, y tú no mueres.
y tu subsistes; por ello eres
grandioso ejemplo de heroicidad.

Por ello pasas por nuestra historia
como un sublime giron de gloria
rastros dejando de viva luz;
con tu Calvario cual Jesucristo,
con tu Iscariote ya antes previsto;
cual Jesucristo sobre tu cruz.

Septiembre 15 de 1911.

ITALIA.

Quiera el cielo no sufras la tristeza
de mirarte oprimida y despreciada
!oh patria de Escipión! !oh denodada
cuna de heroicidad y de grandeza!

Quiera el cielo no sufras la bajeza
de verte por los turcos subyugada;
antes que esclavizarte, con tu espada
cortarías del tronco tu cabeza.

Antes que esclavizarte, el mar Egeo
 abriría el abismo de su fondo
 en insaciable y colosal deseo,

sepultando sin tregua en lo mas hondo,
 al que supo antes ser buen italiano
 que esclavo y desazón del otomano.

Octubre de 1911.

VIEJOS RUMORES

En vano ocultas
 tu blanco rostro
 con los encajes
 del pañolón,
 que aunque las nubes
 cubran el cielo
 tras de su encaje
 vislumbro el sol.

En vano intentas
 que te abandone
 con el encanto
 de tu beldad,
 aun siendo perla
 te sacaría
 de los abismos
 que oculta el mar.

Tú no comprendes
mi sufrimiento
cuando en tus labios
miro el desdén,
acaso ignoras
que el hombre es nada
sin las caricias
de la mujer.

Pueden las flores
vivir ausentes,
lejos del campo,
del robledar,
más sin el astro
que les dá vida,
sin sus caricias
no vivirán.

Pueden las aves
Por el espacio
su ráudo vuelo
siempre tender,
ir por la arcilla
con que fabrican

su amante nido
sobre un ciprés.

Mas si les faltan
las negras alas
con que recorren
la inmensidad,
cómo pretendes,
mi dulce encanto,
que sin las alas
puedan volar.

Cómo pretendes
cuando te adoro
con todo el fuego
que existe en mí,
que te abandone,
si aun tengo alas
y eres el astro
de mi existir.

Para no verte
fuera preciso

perder las alas
de mi ilusión,
y hacer que el astro
de mi existencia
no iluminara
con su fulgor.

Tu eres el astro,
y aunque te ocultes
como las perlas
del hondo mar,
es imposible
que no te mire
tras de tu fino
blanco cendal.

Podré no verte,
cuando la tumba
como un abismo
se abra á mis pies,
cuando el recuerdo
tan solo guarde
de lo que ha muerto,
de lo que fué

Mas siendo el astro
por quien aun vivo,
siendo el encanto
por quien viví,
cuando te alejes
con tus caricias
debo por fuerza
también morir.

Méjico, 1909.

SONETO.

Hace ya mucho tiempo que la muerte
segó el capullo fresco de tu vida
y desde entonces mi alma enterneceida
no se ha cansado de llorar tu suerte.

En mis horas de angustia vengo á verte
hasta el sepulcro en que tu cuerpo anida,
y me pongo á pensar en tu partida
y en la angustia infinita de perderte.

¡Qué diera yo porque mi llanto fuera
sabia fecunda á quien prestigio sumo
de volverte á la vida le asistiera!

Más ¡ay! lo que á los hombres constituye
pasa á la Eternidad, pues como el humo
flota solo un instante y se diluye.

Enero de 1912.

ANTES DEL VIAJE.

Desiste de marchar; calla y desiste
si quieres endulzarme la existencia,
más si quieres que viva enfermo y triste
persiste pues en aumentar la ausencia.

Si quieres que las horas de la vida
pasen fugaces en tranquilo sueño,
no vuelvas á pensar en la partida
ni á hostigar mi existencia con tu empeño.

Quiero que estemos cerca, no tan lejos
que solo en el cerebro te recuerde,
como ilusión de los amores viejos
que en el mundano batallar se pierde.

Quiero que estemos cerca, siempre cerca
hablándonos de amor en lazo estrecho,
mientras los golpes de la vida terca
nos fortalecen el desnudo pecho.

La ausencia es un martirio, tiene todos
los sinsabores de la suerte impía,
y siempre logra de distintos modos
aumentar en las almas la agonía.

Tiene la desazón de la amargura
cuyo tibio consuelo no se alcanza,
por más que cada hombre se procura
el soplo bienhechor de la esperanza.

No quiero ver que cuando tu te vayas
se aumenten los rigores de la ausencia,

que mientras tú contemplas otras playas
yo sufra el amargor de mi existencia.

Más si tu así lo quieres y te apartas
despreciando á la par mi pobre nido,
encontrarás mis versos y mis cartas
hablando solo de dolor y olvido.

Quizá entonces te envuelva la tristeza
y con las gotas de tu llanto intentes
ablandar el rigor de mi entereza;
pero quizá muy tarde te lamente,

porque todo se acaba, y lo que un día
fuera felicidad, la dura suerte
al transcurso del tiempo tornaría
en alevoso vendaval de muerte.

Octubre de 1911.

ONDAS MUERTAS.

No se puede soñar sin amores,
no se puede crear sin su fuego,
no se puede sentir sin sus dardos,
no se puede vibrar sin sus ecos,
volar sin sus alas,
vivir sin su aliento.....

Gabriel y Galán.

Yo llevo en el alma dolores inmensos,
dolores agudos, dolores intensos
que asedian mi vida con sumo rigor,
tan hondos han sido pasados dolores,
que dudo que puedan tus castos amores
matar mi obstinado y aleve rencor.

Algunos suponen que nunca he sufrido,
que siempre al amparo de Dios he vivido
con risas y charlas que engendra el placer,
no saben que siempre placeres fingiendo,
he estado en el fondo del alma sufriendo
los golpes agudos de cruel padecer.

Yo nunca he resuelto con un anatema
los golpes siniestros del viejo problema
que muestra la vida con su batallar,
yo siempre he tenido para la existencia
la mueca ostentosa de la indiferencia,
yo siempre con risas disfrazo el pesar.

Si quieres que acabe mi risa fingida,
que nunca engañoso me muestre á la vida,
que si gozo mucho me ponga á reir
y si acaso sufro mi llanto derrame,
dame tus caricias y tus besos dame
mas ricos que todas las perlas de Ofir.

Dame de tus ojos el fulgor divino,
yo quiero con ellos mi obscuro camino

de dudas sembrado, por siempre alumbrar,
es tan luminosa la luz de tus ojos
que al verlos de pronto, los mismos abrojos
de amores por ellos habrán de temblar.

Dame de tus labios la miel purpurina,
la miel de tus besos jugosa y divina
que finge raudales de dicha y amor.
que yo estoy seguro que solo esas mieles
pondrán en lo amargo de todos mis crueles
y acervos pesares su eterno dulzor.

Que bueno me hiciera si tu me brindaras
tus dulces amores, si tu me miraras
temblando de tanto, de tanto querer;
que bueno me hiciera si tu con tus besos
calmaras mis penas, tan negras como esos,
como esos tus ojos que alumbran mi ser.

Hace mucho tiempo que en otras regiones,
regiones lejanas de viejos campeones
la Troya de Troade sus muros alzó,
allí hubo una reina fatal y engañosa

por quien para siempre la Troya grandiosa
tan sólo en cenizas y escombros quedó.

Llamábase Elena, era muy hermosa,
pero tan voluble cual la mariposa
que olvida las flores por irse á volar,
ella fué motivo con su cruel falacia
de que ardiera Troya, de que la desgracia
fuera en todas partes su luto á sembrar.

Tu como esa reina te llamas Elena;
sé conmigo casta, sé conmigo buena
y amaré la vida con amarte á tí;
ya no quiero risas, ya no quiero engaños,
lejos la careta, que corran los años,
los años volubles en torno de mí.

Que pasen las horas, que pasen los días,
que pasen las farsas, las farsas impías
que forman los hombres, que pase el dolor,
á mí que me importan los gozes mundanos
pensando en tus ojos, pensando en tus manos,
pensando en tus besos, pensando en tu amor.

Para mí no hay cielo que me cause antojos
 como el cielo obscuro de tus negros ojos;
 para mí no hay rosas en ningún pensil
 que tengan más vida, que tengan más mieles,
 como esos tus labios, tus labios crueles
 envidia de Mayo y envidia de Abril.

Ya solo tus goces formaran mi encanto,
 por tus penas solo dejará mi llanto
 correr sin demora su turbio caudal;
 mi amor para el mundo será un egoísmo,
 más nada me importan ni el vil preceptismo
 ni todos los dogmas de ajena moral.

Para mí tus ojos son más que los cielos,
 para mí tus besos más que los anhelos
 que inspire la gloria con tanto esplendor,
 y á todos los goces y las alegrías
 prefiero tus manos tener en las mías,
 tus manos hermosas cual dalias en flor.

Amémonos siempre, que importa la ausencia,
 por algo heredamos constancia y paciencia,

por algo debemos saber esperar;
 yo advierto en tus ojos la noche sombría
 que al alba precede, está cerca el día,
 la aurora se anuncia, debemos cantar.

En la Hacienda 1911.

Dn. JUAN DE AUSTRIA.

[A mi querido maestro, el notable
y erudito escritor Don. Manuel
Sanchez Mármol.

Un destello quizá del viejo Apolo
vino á encarnar tu juventud temida
y en un aliento del soberbio Eolo
la fé de Cristo te legó á la vida,
para que luego ante tu nombre solo
se sintiera la Europa estremecida,
cual se estremece el fondo de un abismo
ante el sordo rugir del cataclismo.

Quizá de tus designios fuera el hada
la que templó la sangre de tus venas
y te hiciera escapando con Quijada
pelear no obstante sus profundas penas,
quizá esa juventud alborotada
que en tus horas tranquilas y serenas
acercose sonriente á despertarte
con las prezas trájicas de Marte.

O quizá fue la sangre que corría
por tus venas en rojos borbotones,
esa purpúrea sangre que tenía
el valor legendario de los leones,
la suma heroicidad y la hidalguía
de viejos é indomables campeones
que surcaban el campo de batalla
desafiando el fragor de la metralla.

Cuentan los siglos que tu heroica mano
sobrecogió de insólita pavora
al cruel hereje y al fatal tirano
en medio del ardor de su locura;
cuentan que fuiste para el fiel cristiano
una promesa de sin par ternura,

cuando intentaban arrojar por tierra
la corona y los cetros de Inglaterra.

Cuando de glorias y de honor sediento,
que siempre al triunfo la ambición se asocia,
admitiste á los Papas el intento
de libertar á la abrumada Escocia,
más nunca falta en el postrer momento
quien de algún modo la verdad disocia,
puesto que vino la traidora suerte
con las frías caricias de la muerte.

Cuántas veces allá, en la primavera
de tus tranquilos años, recorrías
sonriente y amoroso la pradera
donde las flores con dolor cogías,
y cuántas en la vieja enredadera
con un dulce recuerdo, entretenías
tu generoso corazón de niño
refugio humilde de sin par cariño.

Cómo recuerdo aún, templada y fría
la tarde aquella en que al *jayán* trepado

por cima del *wagón* se le veía
por Maricuernos penetrar pausado.

¿Qué intentaba el *jayán*? ¿Qué pretendía
entrando á Leganés, pueblo adorado
á donde tuvo tu ilusión primera
la caricia de un sol de primavera?

¿Qué intentaba al llegarse conmovido
preguntando por cierto rapazuelo?

¿Aquel pliego leído y releído
con profundo y amargo desconsuelo,
acaso les habló de un ser querido
que hirió la Parca, para enviarle al cielo?

¿O acaso el llanto que asomó á los ojos
llanto fué de placer y no de enojos?

Intentaba llevarte de la aldea,
de otros cielos en pos y de otros climas,
hacia otro pueblo á donde el sol caldea
al ofrecerse tras las altas cimas,
á donde el viento modulando idea
nuevas estrofas con acordes rimas,
á do vivieron en tranquila calma
las más valiosas prendas de tu alma.

Al pueblo que arrulló, con las canciones
que modulaba al desatarse el viento,
tus primeras y castas ilusiones
nacidas al amor de un sentimiento,
do escuchaste las dulces oraciones
volando á la región del firmamento,
al escapar del alma siempre buena
de la virtuosa y casta Magdalena.

A aquel hermoso pueblo que tenía
la apariencia de un lirio marchitado,
á donde el viento con dolor gemía
como si fuese un paria abandonado,
pueblo de inmenso amor, Villagarcía,
á quien tiene tu historia reservado
el lugar más sublime y preferente
de los pueblos del viejo Continente.

Donde refiere tu sublime historia,
cómo tarde por tarde, el fiel Quijada,
se llegaba á contarte la victoria
donde venció el prodigio de su espada,
se llegaba á animarte con la gloria,
y el resplandor del genio, en la mirada

de aquellos indomables paladines
que nunca fueron á la patria ruines.

Te contaba en diversas ocasiones
cómo antes de rendirse en una hazafia,
volaban á la muerte los campeones
no siendo nunca de la patria saña;
porque esos fueron caballeros leones,
honor eterno de la vieja España
que en el siglo de hoy, duerme sin gloria
sobre las hojas mismas de su Historia.

Madre de mis recuerdos, dulce encanto
y eterna adoración de mis mayores,
patria de heroicidad, refugio santo
de felices y amantes trovadores,
cuna en que acaba y se evapora el llanto,
fecunda en majestad, rica en amores,
¿á donde están de tus pasados días
las heróicas y nobles valentías?

¿Qué se hicieron tus ágiles corceles
y el genio singular de tus guerreros?

Al héroe colosal, genio gigante,
arrojado y viril, noble y austero,
encarnación del paladín de Gante
y del sublime vancelor de Astero;
al que pudiera, altivo y arrogante,
la diestra hacida al indomable acero,
haber con sangre de gigantes tinto
la infecunda región de Terebinto.

Fuiste sublime y grande entre los grandes,
la tienda de campaña, fue el palacio
que tuviste doquiera, como en Flandes
bajo el toldo infinito del espacio,
y en la nevada cima de los Andes,
las Musas con la cítara de Horacio,
al entonar sus cantos de victoria
envidiaron los lauros de tu gloria.

Hoy solo tu recuerdo se levanta
triunfador de la muerte y del olvido,
puesto que ya la huella de tu planta
en el polvo del mundo se ha perdido,
que tras de gloria y de ventura tanta,
solo llega temblando á nuestro oído

como un rumor debilitado é insierto
el recuerdo de todo lo que ha muerto.

Puesto que ya no existen para ahora
ni el va'or singular de los cristianos,
ni aquella dulce fé consoladora
de esforzados y rectos castellanos;
ya no cual antes la rosada aurora
sorprenderá en los montes y en los llanos,
de la muerte en postreras convulsiones,
á los que fueron ínclitos campeones.

¿Dónde está ese valor que á la arrogancia
los siglos ven eternamente junto?

¿Qué se hicieron los héroes de Numancia
y las viriles huestes de Sagunto?

¿A dón le está de la guerrera Francia
aquel carácter de valor trasunto,
y el arrojito temible y sin mancilla
que como un sol resplandeció en Castilla?

Alfonso el de las Navas, Carlos Quinto
y Gonzalo de Córdoba, triunfaron

como triunfó David en Terebinto,
cuando gigantes á sus pies postraron;
ahora todo por el tiempo extinto,
solamente los siglos nos dejaron
en oculto rincón de la memoria,
indelebles recuerdos de su gloria.

Tu fuiste grande como el mismo Apolo
y triunfador como el genial Adriano,
evoco aún con tu recuerdo s lo
la sombra colosal de Vespaciano.

Te tanta Europa, y el gigante Eolo
acá en el Continente Americano,
cuando pasa cual horda de salvajes
en las selvas meciendo los follajes.

Permite pues que mi canción levante
con el ritmo de todos mis dolores,
deja que el ave en el silencio cante
la canción de los viejos trovadores;
yo vengo de esa juventud amante
de callados y enjutos soñadores,
que recorren el mundo sin mancilla
con el arpa vibrante de Zorrilla.

Yo soy de los que aun suñan lo pasado,
que guardan una fecha en la memoria,
y en pos de los recuerdos han dejado
una huella nomás para la Historia;
yo soy de los que á solas han llorado
de su perdida juventud la gloria,
y esclavos de la mofa y la perfidia
recogieron el fruto de la envidia

Porque todo te canta y te venera,
porque todo inclinándose te admira,
porque eres colosal cual la palmera
que en el desierto aparecer se mira,
por eso yo también con voz sincera
para cantarte descolgué la lira,
y di principio á mi sencillo canto
en las costas risueñas de Lepanto.

Quise tener la lira de Tirteo
que á magnos héroes su canción reserva,
y mojar en las aguas de Letheo
la pluma de las Artes de Minerva.

Quise también, cual colosal Perseo
vencer al fin á la impiedad proterva

¿A donde están los ásperos dardos
y el agudo puñal siempre certeros?

¿Acaso en tu miseria no te dueles
cuando aquellos instantes lisonjeros,
hánse por siempre de la patria ido
en busca del silencio y del olvido?

Oh sí madre amorosa, tu te inclinas
al peso del dolor que te consume,
tú lloras á la sombra de las ruinas
de aquel pasado que tu angustia asume,
tú sabes que á la tumba te encaminas
y dejas que el dolor terco te abrume.

¿Qué se hicieron tus magnos regocijos
y á donde está la audacia de tus hijos?

¿A donde está tu juventud pasada
patria de heroicidad y valentía?

¿Donde se encuentra hoy la abigarrada
muchedumbre de héroes, que sabía
hacerse respetar cuando la espada
con fuerte brazo por su rey blandía?

Me dá tristeza contemplarte ahora
de tu verdugo-el tiempo-adoradora.

De ese tiempo cruel, del tiempo aciago
que en los primeros años de la vida
llega á nosotros como un viejo mago
para ofrecernos su piedad mentida;
más te valiera que su tierno halago
dormir bajo el sepulcro, descreída
de la suerte y sus vanos esplendores,
con la mística fé de tus mayores.

Si tú á quien vuela mi canción doliente
falta de inspiración y de armonía,
en medio de tu cólera, impaciente
te levantarás de la tumba un día,
con cuanta indignación vieras patente
que tu patria infeliz, no resistía
el peso abrumador de tanta gloria,
y se durmió en los lauros de su Historia.

Solo el recuerdo del pasado existe,
ya se han muerto los viejos luchadores
y como gloria singular subsiste
el legado inmortal de los cantores.

Obras de Calderón, quien se resiste
al empuje de nuevos trovadores,

como Lope y Br-túa, Boscán y Ercilla,
como Tir o, Cervantes y Zorrilla.

Obras que ocultan la sin par ternura
de aquella dulce inspiración Cristiana,
obras en cuyo verso se procura
un himno sacro á la conciencia humana,
obras con que en el alma se madura
la inspiración á veces inhumana,
la vieja inspiración del Cristianismo
que nunca habrá de ser sombra ni abismo.

Mas esa edad desapareció en la bruma
y en el polvo de tiempos seculares,
cual desaparece una hoja entre la espuma
de las revueltas ondas de los mares.

Nada existe que el tiempo no consuma,
al hombre aleja de sus patrios lares,
y cual pudre á un ciprés es frito de galas
le corta á la ilusión sus níveas alas.

Cuántas madres tendrán sus ojos fijos
en esa luna que recorre el cielo

y pensando en sus muertos regocijos
la verán con profundo desconsuelo,
al recordar que sus amantes hijos,
hollando el polvo de extranjero suelo,
han sido por el tiempo arrebatados
y en diversos países olvidados

Cuántas veces ayer, cuando eras niño,
trasponiendo el balcón, hasta tú cuna,
se llegaba á besarte con cariño
un resplandor de la apacible luna.

¿Quién entonces pensara que un aliño
fuera más tarde en tu sin par fortuna,
arrancado del árbol de la gloria
para prestigio eterno de la Historia?

¿Quién supusiera entonces que tenía
que admirarte la Europa aletargada
y conmoverse en su dolor Turquía
ante el prestigio inmenso de tu espada?

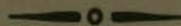
Nadie se imaginó, que la herejía
con tu heroico valor acobardada
fuera á atreverse en su terrible espanto
á intimidar al héroe de Lepanto.

y partir en mi lírico Pegaso
para cantar en lo alto del Parnaso.

Mas fué imposible y levanté mi canto
como brotó del alma dolorida,
humedecido con mi amargo llanto
y con la sangre de mi abierta herida;
lo arrullaron las ondas de Lepanto
que dicen con su eterna sacudida
á los pobres y tristes navegantes,
tu nombre con el nombre de Cervantes.

Has muerto ya, más tu fecunda gloria
es honroso blasón de las Edades,
es tu canto mejor el de la Historia
y el de todas las roncadas tempestades.

Cuando suena el clarín de la victoria,
surges como Jesús en Tiberiades
sobre la cima azul de una montaña;
y un beso envías á tu dulce España.



En el Seminario Conciliar de Méjico en el
mes de Enero de 1910.

